

Memoria histórica

“Un joven escritor siempre teme que se le escape cualquier detalle insignificante.”

William Saroyan

Intento hacer un pequeño resumen de mi vida, encontrar una imagen que lo recoja todo. Se me ocurre algo así: alguien coge una cinta adhesiva (de un color que se vea bien sobre un suelo blanco, una cinta roja, o negra) y nos pide (a todos los que estamos cerca) que nos situemos en uno de los lados. Dudo y avanzo hacia una de las mitades en las que han vuelto a separar el mundo, y cierro los ojos y tiemblo de miedo.

Después abro los ojos y me veo solo. Ya no hay mitades que valgan, estoy solo y atrapado en la mitad equivocada. Sé que es la equivocada porque inmediatamente quiero cambiarme, pero ya no puedo.

Podría empezar este relato mintiendo, diciendo que lo estoy escribiendo porque me lo pidió un viejo profesor al que yo no le gustaba. El alzheimer le está arrasando la memoria y quiere reconstruir el castillo con nuestros naipes. Ya no se acuerda de que yo no le gustaba, de todas las clases que terminaron con mi llanto, de la mañana en la que entró en clase silbando una marcha militar, anunciándonos que habían asesinado al archiduque Francisco Fernando y que se había declarado la Guerra.

Olvido sin perdón, algo así. Nadie me ha pedido que lo escriba (hasta el momento nadie me ha pedido nunca que escriba algo, sólo ella, mi memoria).

Algunas mañanas me despierto y es de noche. Y me pregunto cuántos de mis compañeros del colegio habrán estado en la cárcel. Cuántas de ellas habrán abortado, cuántos serán drogadictos, mujeres maltratadas, apáticos operarios de una cadena de montaje, proxenetas, camellos, poetas lunares de la medianoche, dependientas de esa gran cadena de tiendas de ropa, doctores en ciencias ocultas, estrellas emergentes del

rock sumergido. Me miro en el espejo, después del primer café, aún acecha la noche ahí afuera, y me pregunto en qué grupo estoy yo. Y de repente reparo en la cinta adhesiva roja que divide el espejo y me parte en dos.

Primer ejercicio de memoria histórica: los nombres más raros de mis compañeros de primaria: Náyade, Desiderio, Obdulia.

Yo soy un Escritor Inédito, decidí, y como tal me comporto. Bebo de más, tengo insomnio, leo con bulimia, pongo los ojos en blanco cuando estoy con una mujer a la que pretendo impresionar, hablo de todo lo que no he escrito, finjo inteligencia y profundidad. El Escritor Inédito tiene todo por escribir, y aún no tiene que rendir cuentas por lo que ya ha escrito. Nadie vendrá a echarle en cara aquella primera novela que hoy resulta tan vergonzosa. Su tiempo aún no ha llegado, y quién sabe si llegará.

Soy, de hecho, un Escritor Inédito Partido en Dos, como demuestra mi imagen en el espejo. Aún no ha amanecido.

Como un buen Escritor Inédito, voy a las presentaciones de libros de los Compañeros de Viaje que Empiezan a Publicar. Y alabo la poesía minimalista de su prosa, los párrafos desbordados de sentimientos, la fuerza de una voz definitivamente genuina, con mucho futuro por delante (no tanto futuro como el Escritor Inédito, claro, que aún no lo ha estrenado y lo tiene en el armario, cubierto con un guardapolvos, esperando su día). Y hago lecturas de mis fragmentos en librerías de esta ciudad (la ciudad donde mejor se combinan la pasión por la recogida de setas y el aeromodelismo, dos pasiones ajenas que me enferman, el lugar ideal para odiar y convertirme en un sociópata y en cualquier momento ponerme a escribir en serio). Me siento ante mi audiencia y contesto preguntas después de haberles leído dos o tres párrafos sin aparente conexión.